

EPÍLOGO.

A PRINCIPIOS de los cincuenta se escribieron muchos comentarios sobre la obra de Groddeck, más que en todo el resto de su vida. En 1950, en una reseña del libro *El psicoanálisis en la actualidad*, Oskar Pfister dijo: “Las enfermedades psicosomáticas... han sido tratada por tres análisis especiales de Jeliffe, Dunbar y English. Es notable que no se haya dedicado siquiera una sílaba al fundador de esta rama tan importante de la medicina Georg Groddeck.”

¡Cómo cambian los tiempos! Fue Pfister quien le escribió a Freud, molesto, diciéndole que el *Verlag* nunca debió publicar la novela de Groddeck.

En 1951, 30 años después de su primera publicación, *El libro del Ello* fue comentado por Alexander Bromley en el *International Journal of Psychoanalysis*. La reseña explicaba que el *Ello* de Groddeck es muy distinto del *Ello* del psicoanálisis aceptado, que el *Ello* de Groddeck es misterioso, oscuro y ambiguo.

Curiosamente, en la misma página, Michael Balint comenta *Explorando el inconsciente* y *El libro del Ello*. Dice el Dr. Balint:

Dos viejos y queridos amigos, en una nueva forma, traducidos del alemán al inglés. *El libro del Ello* es uno de mis libros favoritos, y quizás la primera obra en medicina que tomó en serio la idea de que las enfermedades que nos impresionan como somáticas u orgánicas son provocadas por emociones y son, en realidad, expresiones no entendidas o mal interpretadas de emociones. La forma escogida para expresar este mensaje es la de cartas escritas por un médico, Patrik Troll... Ahora, más de un cuarto de siglo después de su primera aparición, es necesario decir, quizás, que fue de Groddeck y su libro de donde Freud tomó el término *Es* (Ello).

Es interesante observar que el Dr. Balint fue analizado por Ferenczi, que debe haber establecido una especie de *record* por analizar a pensadores creadores y originales. Sin excepción, los analizados por Ferenczi han demostrado gran entusiasmo por Groddeck.

En el mismo número del *Journal* hay una reseña, de Edward Glover, sobre *El yo desconocido*. El Dr. Glover hace un concienzudo intento de pesar el valor de los conceptos de Groddeck. Llama a Groddeck uno de los

... más vigorosos y originales propagandistas en la historia de la medicina psicológica. Ha hecho más que nadie en los últimos tiempos por demostrar a un cuerpo médico mojigato la explotación universal de los mecanismos de la histeria de conversión, el elemento de conversión en la enfermedad orgánica y el aprovechamiento psíquico de la enfermedad en general. A este interés entusiasta ha unido una pasión por investigar los factores psíquicos que precipitan las enfermedades neuróticas y otras. Sobre todo, su imaginación se encendió ante la idea de fuerzas impersonales que se manifiestan por medio de diversas actividades y estructuras somáticas y psíquicas.

Groddeck llegó al psicoanálisis independientemente de Freud, por contradictoria que pueda parecer esta afirmación. Si aceptamos la tesis obvia de que el tipo de trabajo que un hombre hace se relaciona estrechamente con el tipo de hombre que es, entonces surge la pregunta: ¿Cómo estos dos hombres, de carácter tan distinto, llegaron a una comprensión tan semejante de la psique?

El camino de Freud hacia el psicoanálisis fue la observación de las neurosis, empezando por la histeria y extendiéndose después a las neurosis obsesivas y compulsivas. Finalmente tocó los aspectos narcisistas de la depresión, la melancolía y, en el caso Schreber, observó brevemente las psicosis. En todo momento le preocuparon los fenómenos psíquicos y emocionales. En realidad, cuando en un principio intentó seguir una vía física, a través de la neurología y los aspectos electroquímicos de los impulsos, luego lo consideró inadecuado y lo abandonó para trabajar con lo psicológico. No lo abandonó, sin embargo, permanentemente, y pensó que en una fecha posterior, la psicología tendría que basarse en la fisiología.

Groddeck tomó un camino diferente. Empezó identificando al gran curador que era Schweninger. Se hizo médico porque desde muy temprano fue escogido para esa profesión, al seleccionarlo su padre entre todos sus hermanos. Muy pronto utilizó una defensa omnipotente, ante su propio padre, y en la fantasía se consideraba un curador milagroso.

El sueño de Freud era ser un gran hombre, inclusive un gran filósofo; constantemente tenía que combatir su tendencia hacia la fantasía y la filosofía. Groddeck empezó, en su labor con los pacientes, exigiendo absoluta obediencia; nadie debía poner en duda sus órdenes ni lo que él hacía. Por su parte, él prometía salud (podemos comparar esto con los primeros trabajos de Freud con el hipnotismo). Groddeck obligaba a sus pacientes a considerarlo como un padre todopoderoso sin comprender cómo se estaba identificando con sus pacientes y trataba de darles lo que, en esa época, deseaba inconscientemente para sí mismo.

Se vio literalmente obligado a reconocer el simbolismo en los síntomas de sus pacientes en el caso de Fräulein G. Los esfuerzos inconscientes de esta paciente por convertir a Groddeck en una figura materna, la desesperada necesidad de ella combinada con su intensa identificación femenina inconsciente, lograron obligarlo a ser receptivo. La trató amablemente desde un principio y pronto advirtió no sólo el valor simbólico del lenguaje y los síntomas, sino que cobró conciencia del fenómeno de la transferencia. También comprendió que su paciente reaccionaba ante los símbolos como si fueran la realidad. En relación con esto hay que recordar que Freud tuvo que comprender el valor de la realidad y la potencialidad de la fantasía para la neurosis debido al caso de una paciente que insistía en que su padre la había atacado. La investigación probó que esto no era cierto, aunque algo en la conducta y en los sentimientos del padre propició la producción de la fantasía y, por tanto, constituyó una relación sexual *simbólica*.

Tanto Groddeck como Freud empezaron sus autoanálisis aproximadamente a los 42 años de edad. Freud utilizó a Wilhelm Fliess como figura de transferencia y Groddeck utilizó a Freud de una manera semejante, ambos principalmente en cartas, con algunas reuniones ocasionales.

El paralelo entre la actitud de Freud hacia Fliess y la actitud de Groddeck hacia Freud es tan notable que parece indudable que el propio Freud debió de observarlo.

Jones describe con cierta extensión cómo Freud utilizó a Fliess, que debía oír sus teorías y emitir un juicio sobre ellas. “Él [Fliess] actuaba, en resumen, como un censor. Y un censor, además de su obvia actividad al eliminar lo objetable, realiza una función inclusive más importante al sancionar silenciosamente lo que ha permitido pasar. Esta sanción es lo que Freud necesitaba en esa época, no el Freud independiente de criterio, inflexible, que conocimos posteriormente, sino el hombre muy distinto que era en los noventa. Fliess sancionaba libremente... de modo que el elogio que otorgaba con satisfacción debía de ser muy alentador. Bastará un solo ejemplo de su efecto: ‘Sus elogios son para mí néctar y ambrosía.’” Hablando de una reunión que tendría con Fliess, Freud decía que la había “anhelado”, que estaba “en un estado de continua euforia y trabajando como un muchacho”. En otra ocasión escribió: “Me siento absolutamente satisfecho de escribir sólo para ti.”

Si volvemos a las cartas de Groddeck a Freud encontramos el mismo tono, el mismo anhelo, el contentarse “con tenerlo a usted como auditor”. Igualmente, así como resultó necesario para Freud liberarse de Fliess para proseguir su obra, a Groddeck le fue necesario liberarse de Freud, como hizo cuando empezó a acusar a Freud de no gustar de sus obras ni de su concepto del *Ello*.

Freud buscó y encontró una excusa para romper con Fliess. Groddeck lo hizo con acusaciones. Para ambos, cuando el rompimiento fue necesario, se produjo. Tenía que llevar consigo cierta amargura temporal.

Quizás Freud reconocía lo que Groddeck estaba haciendo. No siempre era muy lúcido en sus relaciones estrechas, pero su paciencia inalterable para con Groddeck sugiere que advertía cómo funcionaba el mecanismo.

“Llegó por fin un momento, sin embargo, en que reconoció que su depresión ya no podía curarse con el antiguo tratamiento y que sólo un valeroso y doloroso trabajo interior podía ayudar. Decidió hacerle frente solo... Existen claras pruebas de que, durante diez años poco más o menos -lo que comprende aproximadamente la década de los noventa- él [Freud] sufrió una psiconeurosis muy considerable...”, dice Jones.

El núcleo, en un sentido sintomático para Freud, era su fobia a los trenes (según Jones, remitía al miedo de dejar la casa, la madre y el pecho). Groddeck utilizó como núcleo sintomático algunas enfermedades “orgánicas”. Las más frecuentemente mencionadas fueron el agrandamiento de las tiroides y la infección a la garganta en relación con la fiebre escarlatina, con múltiples determinantes, incluyendo un deseo de transferencia de identificarse con Freud y de ser amado por Freud (obsérvense las asociaciones de Groddeck en el análisis de la afección a la garganta, con el caso Dora de Freud).

No obstante, a pesar de las notables semejanzas entre los dos hombres, había grandes diferencias. Freud fue el primer hijo de una madre joven y amorosa. Groddeck fue el último de una mujer rígidamente narcisista que utilizaba muchas armas, inclusive el embarazo, para obtener la admiración de su familia. Freud fue amamantado ampliamente durante 19 meses. Groddeck estuvo a punto de morir de hambre en sus primeros días de vida.

El apego de Freud por su madre era fuerte, pero parecería que trató la situación edípica un poco más fácilmente que la mayoría, a causa del complicado cuadro familiar. El apego a la hermana de su esposa y la actitud constante de *paterfamilias* sugiere que era posible una especie de escape de la situación edípica. La madre estaba siempre ahí y simbólicamente siempre dispuesta a dar. Él podía tratar libremente la omnipresente fantasía de la figura peligrosa del padre, que amenaza y moldea a su hijo con el peligro de la castración.

La madre de Freud evidentemente quedó encantada con el nacimiento de su hijo, mientras que Caroline Groddeck vistió a su hijo con ropa de niña hasta que ya había cumplido los seis años y lo mandó, con ese atuendo, a una escuela de niñas, para que acompañara a su hermana.

La relación de Groddeck con su madre parece una identificación hostil, una especie de unidad en la que no había mucho lugar para una identidad propia. Su temprana arrogancia y sus actitudes de omnipotencia, así como sus síntomas posteriores de agitación psíquica, pueden ser considerados como una expresión de esa unidad y una defensa contra la conciencia de ella. Insistía en proclamarse el favorito de su madre y, sin embargo, la negación defensiva contra un sentimiento de no ser amado aparece una y otra vez en sus formulaciones. La figura del padre casi está ausente de su “filosofía”.

Durante toda su vida intentó negar Groddeck la muerte de su padre. Prosiguió su búsqueda del padre desvanecido, cuya grandeza apoyaría siendo sumiso y subordinado. Inclusive al final de su vida, cuando quería servir a Hitler, todavía buscaba hombres que pudieran necesitarlo para sostener su fuerza. Freud se negó a aceptarlo en esta forma. Frieda Fromm-Reichmann sugería que, cuando interpretó la reacción de Freud como un rechazo, y fue rechazado por Hitler, ello ocasionó un episodio psicopatológico, pero parece que este acercamiento a Hitler ya es prueba de que pasaba por alto la realidad.

En oposición a la figura siempre presente del padre en Freud, la psicología de Groddeck acentúa una y otra vez la identificación inconsciente con la madre y la figura materna como la fuerza en el desarrollo de los dos sexos. Ve un deseo creador en cualquiera como un deseo inconsciente de estar embarazado. Insistió, siempre, en la naturaleza doblemente sexuada del hombre (como Fliess) y hacia el final de su vida escribió y dio conferencias acerca de esto. El hecho de que ello después equivaliera a una frenética negación defensiva de su identificación femenina pasiva no puede disminuir su valor como contribución para la comprensión de la psique humana.

Groddeck hizo varias referencias al hecho de que prefería analizar la relación de sus pacientes con la madre más que con el padre. Sentía, como escribió a Freud, que esto podía cambiar cuando se defendiera

menos de su homosexualidad, y decía irónicamente que la ansiedad de la castración no puede ser superada centrándose en la alimentación al pecho y el destete. Hablaba en serio a medias cuando relacionaba los impulsos destructivos como originados en la expulsión original de las partes excedentes del óvulo fertilizado como una primera etapa del desarrollo.

Ambos tenían una gran tendencia hacia lo especulativo y lo filosófico. Freud pasó una gran parte de su vida defendiéndose contra ese impulso, y lo logró salvo en algunas desviaciones ocasionales y controladas. Utilizó la necesidad de probar y entender como uno de los instrumentos principales contra este “principio del placer”. También puso en guardia repetidamente a Groddeck contra esto.

Groddeck, por otra parte, cedía fácilmente a esa tendencia. En *El libro del Ello* llega a decir que no deberá ser atado mañana por lo que dice hoy. Frieda Fromm-Reichmann afirma que lo dijo frecuentemente en su presencia.

Todavía está por hacerse la verdadera apreciación de las contribuciones de Georg Groddeck al psicoanálisis y la medicina psicosomática. Algunas de sus teorías han sido comprobadas y se las acepta sin reservas, como si siempre hubieran sido sabidas. Otras teorías no han sido probadas. Y otras, como la “nueva” actitud ante el parto sin dolor, el reconocimiento de los factores emocionales en la hipertensión, las úlceras, la enfermedad coronaria y así interminablemente, están formando las reputaciones de otros.

La vida física de Georg Groddeck aporta incontables detalles de información que sugieren el curso de su desarrollo desde el recién nacido no deseado hasta el pensador original y creador, pero no hay nada concluyente, nada inevitable en el desarrollo. Tenía más de cuarenta años cuando Frieda Fromm-Reichmann lo conoció. Ha dicho de él: “Como psicoanalista, me habría interesado su primera infancia. Pero no fue así. Para mí, podía haber surgido a la existencia, del todo maduro, ayer mismo. Era completo, precisamente como debía ser. Nadie habría querido cambiarlo.”

Muchos lo intentaron y renunciaron a ello. Había en él una obstinada integridad, una roca de determinación. Estaba condenado a buscar siempre un padre y a ser rechazado siempre que lo encontraba. En ciertos aspectos siempre siguió siendo un niño, con la simplicidad y el optimismo de un niño. Creía en los finales felices. Quizá esa creencia contribuyó a convertirlo en el curador dotado que era. La enfermedad era su adversario, y él luchaba para ganar.

Epílogo, pp. 152-157, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck
Volver a News II-ALSF